

El sentido común tocquevilliano de la Generación del '37. Reseña de Rodríguez Rial, Gabriela. *Tocqueville en el fin del mundo. La Generación de 1837 y la ciencia política argentina*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2022, 174 páginas.

The Tocquevillean Common Sense of the 1837 Generation. Review of Rodríguez Rial, Gabriela. Tocqueville en el fin del mundo. La Generación de 1837 y la ciencia política argentina. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2022, 174 pages.

Cecilia Abdo Ferez*

UBA/CONICET
Argentina

Fecha de recepción: 10-08-2022

Fecha de aceptación: 10-10-2022

Bajo un título que hace imaginar un estudio de recepciones y con una tapa bellísima, pero apacible, que combina la foto del faro del fin del mundo con la cara esfumada de Alexis de Tocqueville, Gabriela Rodríguez Rial escribe un texto de intervención. De intervención en un campo, al menos: el de la ciencia política, cuya historia destina la lectura de los textos de Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi o Esteban Echeverría al conocimiento complementario de la historia nacional. Este “complemento” torcería en poco el rumbo de la disciplina, autónoma y científica, descalificadora de lo que se cree ensayismo, barroquismo o romanticismo, defectos previos a su constitución, rémoras de un estado pre-científico. Rodríguez Rial hace lo inverso: lee a estos pensadores/políticos, no sólo forjando un método que hace a la ciencia política argentina en su origen, sino que aún hoy puede decirle cosas. Lo hace, confrontando a estos autores con Tocqueville, en muchos casos, su contemporáneo. Pero no para decir que ellos habrían leído a Tocqueville y entonces así se explicarían sus tesis, meras derivadas, plantas foráneas y trasplantadas de lectura, sino que los coteja en igualdad, para muchas veces decir (como hace), que algunos eran más radicales que él, otros más proclives a la acción, otros más complejos en su argumentación. Aplica la igualdad, esa pasión tan tocquevileana, al propio campo intelectual y produce un ruido

* ceciliaabdo@conicet.gov.ar

fantástico en quién la lee. Tocqueville es Tocqueville, pero discute con iguales, al sur del sur. Algo de su *ethos*, el de la democracia como estado social, permea a la Generación del '37 y esta generación, lejos de copiar y pegar lo que el francés habría dicho, modela sus palabras al calor de otro contexto social, en el que puede comprobarse —repite Gabriela—, una “insociable sociabilidad”, cuyo gobierno es un desafío.

El libro de Rodríguez Rial se inscribe en la ciencia política, con rigor. Gabriela cita bibliografía estandarizada y precisa qué métodos son referidos para emprender la tarea. Hasta parece hacer pedagogía sobre cómo utilizarlos. El argumento se expone siguiendo los patrones del caso: divide y adelanta argumentos, sabe adónde va, ordena. Y, sin embargo, lo que hace la autora de ninguna forma es clásico. Quiere leer como teóricos políticos a la generación del '37, lo que no sería un escándalo desde fuera de la disciplina, pero sí lo es en ella. Quiere leerlos embebidos por Tocqueville, además, lo cual lleva a que las múltiples líneas de esa generación deban encuadrarse en lo que llama una sociabilidad común. Quiere leerlos muchas veces yendo más allá de él —“Sarmiento era mucho más jacobino que Tocqueville”, escribe la autora, “era el hijo de un soldado revolucionario no de aristócratas perseguidos por su adhesión al viejo régimen” (p. 73); Tocqueville “nunca tuvo un liderazgo y un predicamento como los de Mitre, por más que alguna vez haya fascinado por el impacto de la oratoria en sus votantes” (p. 112)—. Tocqueville se transforma así, con el correr de las páginas, en un adjetivo: “tocquevilleano”, que denota una pluralidad de sentidos: para Félix Frías, es un sinónimo de cristianismo; para Juan María Gutiérrez, es sociabilidad y praxis intelectual; para Juan Bautista Alberdi, es derecho asociativo y libertad de prensa; para Esteban Echeverría, en consonancia con el *Dogma Socialista*, es el anunciador de la providencial e imparable tendencia a la igualdad de clases. Todos habrían estado bajo el mismo desafío que el francés: crear una ciencia política nueva para un mundo enteramente nuevo. Se trataría de imaginar, arriesgar, conjeturar, actuar: se entiende el guiño a Julio Verne en la tapa, palpando un faro donde todavía no existe.

Gabriela sostiene que tocquevilleano es, sobre todo, un *ethos*, un “sentido común” generacional, como lo llama, que podría resumirse en un “ideario juvenil” que se mantuvo como *leitmotiv* a través de los años: “la democracia es un estado social, el régimen político más adecuado para gobernar esta insociable sociabilidad es el representativo y las costumbres son uno de los factores más importantes que hay que tener en cuenta para

comprender y modificar esta sociedad” (p. 121). Ese *ethos* estaba presente antes del origen mismo de la Argentina como unidad política, en un grupo de pensadores/políticos con suma y permanente influencia en su constitución. Habría en ellos un retorno a la revolución de 1810, como una revolución fallida, a la que le faltaría una revolución cultural, que desterrara las bases sociales y simbólicas que sostendrían el despotismo o la tiranía (pensando en Rosas), cuando no la anarquía social. Algo había que revolucionar en las costumbres, porque sería en ellas y no en el régimen institucional, en las que se arraigaría el estado de situación del país. El peso de la costumbre, la persistencia del colonialismo en los cuerpos, serían un obstáculo a la libertad, quizá más problemático para los del '37 que la igualdad, en la interpretación de Tocqueville. Rodríguez Rial reconstruye así aspectos de la relación entre los diversos miembros de la generación, así como textos específicos de cada uno de ellos, en los que Tocqueville aparece alumbrando un sentido e hilando posiciones. El francés parece el signo de una socialización común, la marca de una educación literaria, de una inscripción en un campo de lecturas y de circulación de ideas, que distinguiría a la generación del '37 del tenor de los argumentos de otras de su especie. Es notorio encontrar otras vetas de Sarmiento, a través del prisma de Tocqueville, o de Mitre, o de Echeverría. Verlos a través de ese prisma los desplaza del campo habitual de posiciones y los muestra menos estandarizados y más contemporáneos, más contradictorios y menos sacralizados.

Rodríguez Rial escribe un libro en el que el tiempo aparece como un vector importante. Se revisa a una generación a través de décadas de historia argentina, con énfasis en la década de 1830, cuando se forma el salón literario de Marcos Sastre y Tocqueville publica el primer tomo de *La Democracia en América* (1835) y los devenires posteriores a la guerra de Caseros, en 1852, cuando las divisiones entre los miembros del '37 se enfatizan. Pero lo hace, tornando a estos momentos y sus intervenciones como contemporáneos de la forma en que la ciencia política trata hoy algunos temas: en el libro se hacen presentes Claude Lefort, el republicanismo y hasta las lecturas actuales de la libertad. Gabriela lo hace con un método que, quien la conoce, sabe que profesa y que torna riquísima y, sobre todo, divertida la lectura: la autora despliega las biografías de cada uno de quienes aparecen, con detalles que insumen varias generaciones. Tal tuvo una madre que se murió en el parto, otro participa de una revista como empleado de tal, otro se peleó con tal y se reconcilió en tal circunstancia. Se los lee humanos, demasiado humanos. Su método, además de la historia

intelectual, es el del conocimiento de lazos de generaciones, de biografías, de aparentes similitudes que, sin embargo, tejen una mirada muy precisa del personaje en cuestión y que permiten ubicarlo en familias, estirpes, linajes, costumbres, en fin. Por momentos, Gabriela es irónica y filosa. Por momentos, es muy respetuosa de las reglas del campo. En otros es intempestiva en las conclusiones. Incluso se atreve a imaginar un libro posible, el de la *Democracia en el Plata*, que Echeverría anuncia y no escribe. Se pregunta: ¿cómo podría ser? Y propone una estructura, un argumento, hasta un despliegue en capítulos e ideas. En otros, conjetura cómo podrían haberse conocido algunos de estos políticos con Tocqueville, en qué viajes a París o Argelia o los Estados Unidos, o en qué aulas y con qué profesores. Está atenta a las pasiones que los habitan porque ella misma las denota, en estos objetos teóricos que pone a jugar en el libro y que se le encarnan tanto que se anima a pensar como ellos hubieran pensado. Aquí hay chisme, riesgo, imaginación, enlace de afinidades electivas, pero también marco teórico, preciosismo en el citado, reconstrucción de época.

En sus capítulos, se dedica progresivamente a Sarmiento, a Alberdi, a la polifonía de Mitre, Frías, Gutiérrez y Vicente Fidel López y, por fin, a Echeverría. En todos ellos hay una referencia explícita a la problemática tocquevilleana, pero también hay una posibilidad de releerlos a través de esa problemática. ¿De qué hablarían cuando nombran a la pasión democrática estos pensadores/políticos tan disímiles, siglos antes de su ejercicio en estas geografías? ¿Cómo conciliar la “soberanía de la razón” que defienden, en general desde el exilio en Montevideo o en Chile, con un amor por las multitudes, descritas como bárbaras, serviles o indolentes? Rodríguez Rial no quiere embellecerlos, ni perdonarles, ni interpretarlos a su favor y, por eso, el libro tiene una desenvoltura que los aleja de la certeza y del bronce.

El libro es un ejercicio de pensamiento muy lúcido, pero muy informado. Hay, para quien lo quiera, un mapa de lecturas posibles. Hay maestros de Gabriela, citados expresa y agradecidamente y revisiones de lecturas canonizadas, que van desde el campo de la historia hasta las letras. Pero también hay una recuperación de un fresco de autores, en sus posiciones contradictorias, en sus lazos biográficos, en sus perfiles hasta de carácter (el cascarrabias de Sarmiento, el frío de Alberdi, el narcisista de Echeverría). Es una especie de sociología de las elites y de las instituciones —con mucho interés aparece la historia de la UBA y su marca en quiénes pasamos por sus aulas—, pero con la impronta clara de la teoría

política y con el interés persistente y notorio por la política en general y por la Argentina en particular. Hay también una reconstrucción de las revistas y las publicaciones de la época, como intentos de crear un público con el cual discutir, al cual hablarle, al cual formar y al que *simmelianamente* se le habla de “modas”.

Gabriela aclara que éste es su primer libro escrito con nombre propio y quien la ha escuchado sabe que esto es tardío y hasta una innecesaria aclaración: en ella hay una pasión por los vericuetos de este país, una persistencia en querer comprenderlo, con los pies adentro. Eso hace de la lectura de su libro un cotejo con figuras que pierden la distancia, que pierden la sacralidad: ellos están en el barro y aun cuando Gabriela cite en latín, en francés y en cuantas lenguas posibles haya, hay algo increíblemente familiar en cómo los retrata, un nudo que resiste por siglos y que parece describir los límites y los horizontes para pensar y actuar en estas geografías. Es un libro que tiñe de historia a la teoría política, que la arranca de la filología y la abstracción, que la obliga a situarse acá, a focalizar acá y eso se nota en la lengua, en los giros idiomáticos, en la irrupción de una oralidad en el fraseo: Sarmiento es un “provinciano”; Mitre un “liberal raro”; Alberdi, un “perdedor”. Hay una tensión que habita el texto y que lo hace vivo: entre la teoría política y la historia, entre la oralidad y la escritura erudita, entre los métodos académicos y la reconstrucción novelística. Esa tensión es la que llama al lector a sumar argumentos o a discutirlos, pero nunca a quedarse impávido leyendo. A la lector/a se lo agujonea y a eso, se responde. Como si se perteneciese a ese público al cual se habla, para espetarle su “insociable sociabilidad”, lo que se abre con el libro es un diálogo y un interés renovados por el ideario pastoso y creativo de este sur del sur.